

# LA CAMISA SIN TERMINAR

Por *Helena Welch*

-LEONARDO, ¿te gustaría tener una camisa nueva para el sábado? -preguntó la abuelita.

Leonardo detuvo su juego y corrió hacia la mesa donde la abuelita estaba cortando tela.

-¿De veras? ¿Puedo tener una camisa nueva para el sábado?

-Creo que sí -sonrió la abuela y le mostró un pedazo de percal a cuadros, azul y blanco-. La Sra. Blanco quiere que le haga una blusa con este material y me dijo que podía usar lo que sobrara para hacerte una camisa.

-¡Qué amable es la Sra. Blanco! -exclamó Leonardo-. En la primera ocasión en que la vea se lo agradeceré.

-Eso es precisamente lo que debes hacer -concordó la abuela, dándole unas palmaditas en el hombro-. Ahora, mientras yo corto la blusa de la Sra. Blanco y tu camisa, puedes ir afuera a jugar.

-Gracias, abuelita.

Leonardo y su abuelita vivían en una casita de las afueras del pueblo, y la abuela cosía para mucha gente. A veces cosía durante todo el día y Leonardo le ayudaba jugando afuera para no molestarla en la pieza de costura.

Otras veces también le ayudaba en otra forma. Recogía los pedacitos de tela que caían al suelo en la pieza de costura y los colocaba en el cesto de desperdicios que la abuela tenía allí con ese propósito. A veces hasta levantaba los alfileres que se le habían caído a la abuela y los colocaba en el alfilerero para que ella pudiera usarlos nuevamente.

-Leonardo me ayuda mucho -decía siempre la abuela.

Pero el día que la abuela estaba haciendo la camisa nueva que Leonardo quería usar el sábado, él no tenía tan buena disposición para ayudar.

Era un lindo día de invierno. Desde temprano en la mañana Leonardo estaba de lo más entretenido jugando en el patio. Había estado jugando un buen rato cuando de pronto la abuela lo llamó.

-Leonardo, ya terminé de cortar todo. Si tú vienes al cuarto de costura y recoges todo del suelo, yo prepararé el almuerzo y esta tarde tendré tiempo suficiente para terminar tu camisa nueva.

-Está bien, abuelita -respondió Leonardo. Pero al mismo tiempo dio un gran suspiro. Por alguna razón ese día no tenía deseos de entrar al cuarto de costura y recoger los pedacitos de tela del suelo y los alfileres. Prefería quedarse afuera para jugar al aire libre y al sol.

Lentamente Leonardo dejó caer la soga que tenía en la mano y entró. Cuando vio el piso del cuarto de costura suspiró de nuevo. Estaba cubierto de retacitos de tela. Y alrededor de la máquina de coser había una gran cantidad de alfileres que habían caído al suelo.

"Comenzaré recogiendo los alfileres", decidió Leonardo. Pero no tardó en sentir que los dedos se le cansaban tratando de juntar esos objetos tan pequeñitos. Entonces se le ocurrió una idea.

Había varios alfileres que estaban justo a la orillita del linóleo. Era muy fácil empujarlos hasta el borde y meterlos luego debajo de

éste, quitándolos de la vista. Haré lo mismo con los demás y pronto terminaré con esto", pensó Leonardo para sus adentros.

Cuando terminó de esconder los alfileres, comenzó a levantar los retacitos de tela que estaban esparcidos por el suelo. Pero ese trabajo le resultó aún más tedioso que el anterior. Echando una mirada a alrededor, Leonardo vio algunos retazos que estaban caídos junto al sillón cuya tapicería terminaba en un volado que llegaba hasta suelo. El sillón le dio la misma idea en cuanto a los retazos que el linóleo le había dado respecto a los alfileres.

"Los empujaré haciéndolos entrar debajo del sillón y entonces todo quedará con una apariencia de limpio", pensó Leonardo.



Después de que Leonardo había metido todos los retazos debajo del sillón recogió algunos que quedaban en los rincones y los puso en el cesto de la basura. Debajo de la mesa grande donde la abuela había cortado el material quedaban algunos hilos, pero Leonardo no los recogió. Dio por terminado el asunto y salió a jugar.

Poco después la abuela lo llamó para almorzar. Mientras comían, preguntó ella si él había limpiado el cuarto de costura.

-Sí -respondió Leonardo lentamente y en voz baja.

Pero la abuela no pareció notar nada raro. Y después del almuerzo Leonardo durmió la siesta y salió de nuevo a jugar al patio.

Un poco más tarde Leonardo recordó que el día siguiente era sábado y debía preparar sus ropas que usaría para ir a la escuela sabática. De pronto pensó en su camisa nueva. Corrió entonces para preguntarle a la abuela si ésta estaba lista para usar.

-Sí, Leonardo -respondió lentamente la abuela y levantó la camisa para que él la viera.

Leonardo la miró. Pestañeó y volvió a mirarla.

-¿Pero esa camisa no está terminada? Tiene un hilván rojo en el frente y no está cosida. Tampoco tiene ojales, de modo que no puede abrocharse.

La abuela también miró la camisa.

-Creo que tienes razón, Leonardo -estuvo de acuerdo ella-. La camisa está tan terminada como está limpio el cuarto de costura. Me faltaban muchos alfileres, y cuando se me cayó un carretel de hilo fue rodando hasta debajo del sillón, y allí encontré muchos retacitos de tela que debían haber estado en el cesto de la basura.

Leonardo bajó la cabeza.

-Perdona, abuelita. Me parece que quise ganar tiempo para poder ir de nuevo a jugar. Ahora limpiaré bien el cuarto.

-Excelente -asintió la abuela haciéndole una guiñadita-. Mira Leonardo, todavía tenemos tiempo. Tú limpias el cuarto y yo termino la camisa. Y esta vez ambos haremos nuestro trabajo como debe ser hecho.

-Sí, abuelita -exclamó Leonardo levantando un gran puñado de retazos del suelo. Estaba resuelto a hacer un buen trabajo porque quería tener terminada la camisa para el sábado.